

El debate sobre la inteligencia

J. Vicente Arregui

La inteligencia del hombre ¿nace o se hace? Este es el dilema que han vuelto a poner de actualidad dos recientes estudios que ahora se publican en nuestro país. Jorge Vicente Arregui, profesor de Antropología de la Universidad de Navarra, analiza la polémica.

Uno de los temas más recurrentes en las ciencias humanas es la controversia herencia-ambiente. En la explicación del ser y el obrar humano, ¿qué factores tienen más importancia, los genéticos o los ambientales? La cuestión no es bizantina porque lo que se discute en definitiva es toda una visión del hombre. Su ser y su obrar, ¿son el producto de unos factores genéticos, y por tanto de unos factores que, al ser innatos, el hombre no puede controlar directamente, o, por el contrario, el ser y el obrar humanos son más bien el producto de las libres decisiones humanas? Si los factores ambientales son los decisivos, entonces resalta de un modo especial la discontinuidad del hombre con la naturaleza, con el orden de lo dado, así como su libertad y responsabilidad. Si los factores genéticos son los decisivos, entonces se subraya la idea de naturaleza humana —entendida de modo mecanicista— y los límites de su libertad. También es obvio que primar habitualmente los factores genéticos conduce a una postura de corte conservador al consagrar las situaciones de desigualdad atribuyéndolas a la "fatalidad" genética, mientras que subrayar los factores ambientales conduce a una postura reformista, al hacer al propio obrar humano responsable de las desigualdades existentes.

La controversia herencia-ambiente es, pues, en buena medida, la controversia entre naturaleza y cultura, o entre lo dado y lo adquirido. En los últimos años, tras

una insistencia quizá unilateral en los factores ambientales —como ocurre con la Escuela "Cultura y Personalidad"— se ha intentado rehabilitar la consideración de los factores hereditarios. Y dentro de esta tendencia, aparece, por ejemplo, por obra de Wilson la sociobiología, con el propósito de estudiar las bases y determinantes genéticos del obrar humano, hasta el punto de mantener la existencia de raíces biológicas en los valores humanos, incluido, por ejemplo, el altruismo.

En este contexto, se ha de enclavar la controversia sobre el predominio de los factores genéticos o ambientales en las diferencias en los cocientes de inteligencia (CI). Es importante advertir en primer lugar que lo que se discute no es el origen de la inteligencia, sino el origen de las diferencias en el cociente intelectual y, en segundo lugar, es preciso advertir que se trata de encontrar el cociente de heredabilidad de las diferencias en el CI dentro de un grupo concreto en un momento dado.

La heredabilidad de las diferencias

Eysenk¹, profesor de Psicología en la Universidad de Londres, mantiene, siguiendo a Cyril Burt, un alto porcentaje (80 %) de heredabilidad en las diferencias de CI. Como es sabido, Cyril Burt fue uno de los más prestigiosos psicólogos ingleses. Sin embargo, tras su muerte, Kamin y su biógrafo Hearnshaw demostraron que había falsificado o inventado los resultados de sus investigaciones, especialmente las que se refieren al CI (ver "Nuestro Tiempo", marzo de 1980).

La tesis de Eysenk se fundamenta, en primer lugar, en la investigación sobre las diferencias de CI de gemelos monoigóticos, dizigóticos y hermanos normales. Las diferencias entre los dizigóticos son considerablemente superiores a las existentes entre los monoigóti-

* Dto. de Antropología y Psicología. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Navarra.

cos. También se ha encontrado una gran correlación entre gemelos monozigóticos criados separadamente, mucho mayor incluso que la de los hermanos normales criados juntos, aunque éstos fueran gemelos dizigóticos.

En segundo lugar, Eysenk recoge los resultados de trabajos en los que se ha encontrado mucha mayor correlación entre padres e hijos naturales que entre padres e hijos adoptivos. Consigna además estudios sobre variación de CI de niños en el mismo ambiente —un orfanato, por ejemplo— en los que resulta que la variación en los CI es sólo ligeramente inferior a la variación en una muestra aleatoria de niños. A estas pruebas se añade la consideración de los fenómenos de regresión a la media y de recesión endogámica.

Por último, Eysenk plantea la posibilidad de medir biológicamente las diferencias en el CI, mediante la medición del tiempo de reacción entre estímulos luminosos y el estudio de los potenciales evocados.

Sobre estos fundamentos, Eysenk mantiene que el cociente de heredabilidad de la varianza total de las diferencias en el CI en Estados Unidos o en Inglaterra es del 80 %. De aquí extrae las consecuencias sociales y políticas. No sólo las diferencias de clase —debidas a diferencias en el CI— son inevitables, sino que también parece (en este punto Eysenk es más cauto) que se deben a razones genéticas las diferencias en la media de CI de las distintas razas, por lo que esa diferencia sería en un gran porcentaje hereditaria.

La crítica de Kamin

Kamin, profesor de Psicología en Princeton, se ceba, por otra parte, en la crítica de las investigaciones ficticias de Burt y de las investigaciones aducidas por Eysenk sobre gemelos monozigóticos, dizigóticos y hermanos. Muestra con claridad y detenimiento que, de hecho, en circunstancias normales, los monozigóticos tienden a ser tratados de forma más similar que los dizigóticos y señala también cómo los ambientes presuntamente distintos en que eran criados los monozigóticos eran, en bastantes ocasiones, muy similares. Critica a continuación los estudios aducidos por Eysenk sobre la correlación entre padres e hijos naturales y adoptivos, y niega los fenómenos de regresión a la media y recesión endogámica. Discrepa también de las presuntas medidas biológicas del CI propugnadas por Eysenk.

La crítica de Kamin pulveriza los argumentos de Eysenk, y de modo un tanto mordaz, descubre las superficialidades, imprecisiones y exageraciones de sus argumentos. Señala además los usos ideológicos indebidos de unas hipótesis científicas que carecen de fundamento.

La crítica de Taylor

Taylor, por su parte, ha mostrado² cómo el planteamiento de los genetistas está viciado de raíz, puesto que la heredabilidad genética de las puntuaciones en el CI de una población dada no es una cantidad que pueda establecerse fiablemente. Y ello, porque, en cualquier

análisis que se haga, el número de incógnitas supera al de ecuaciones. De ahí que, si se pretende en esta situación encontrar tal valor, se ha de hacer uso de supuestos arbitrarios e inverosímiles para adecuar el número de incógnitas al de ecuaciones. Como escribe el propio Taylor, "en cualquier análisis, el número de incógnitas, incluyendo el propio cociente de heredabilidad, excede siempre la información empírica necesaria para resolver aquellas incógnitas, lo que es causa de que muchos investigadores hagan supuestos inverosímiles para conseguir alguna estimación numérica del CI".

En segundo lugar, Taylor aduce que no hay datos consistentes ni convincentes de que la heredabilidad del CI se aproxime a un valor substancial. Por el contrario, la hipótesis de una heredabilidad baja del CI parece plausible, aunque para él, frente a Kamin, tampoco parece probable que la heredabilidad sea cero. Por último, afirma Taylor, "no hay relación conocida entre la heredabilidad intra-grupo (tanto para negros como para blancos) y la heredabilidad de la diferencia media entre el CI de blancos y negros". La postura de Eysenk respecto de las diferencias en el CI de blancos y negros se apoya en una falacia.

Polémica sin conclusión

¿Qué se obtiene en claro de esta polémica? En primer lugar, que, como demuestra Taylor, el intento de establecer el cociente de heredabilidad de las diferencias de CI en una población está condenado al fracaso y, en segundo lugar, que los fundamentos aducidos por Eysenk para mantener un cociente de heredabilidad del 80 % son, como muestra Kamin, inconsistentes o falsos.

Así pues, estamos donde estábamos, porque Kamin no es capaz de ofrecer una teoría alternativa. Como él mismo reconoce, afirmar que los datos que poseemos no son consistentes con una alta heredabilidad del CI, no permite decir que tal heredabilidad sea baja. "No podemos hacer —dice— ningún tipo de afirmación sobre la heredabilidad de la inteligencia, o de las capacidades cognoscitivas o las aptitudes de procesamiento de la información. No podemos medir tales capacidades y habilidades".

Pero es que no sólo no sabemos si el cociente de heredabilidad, si es que existe, es un valor alto, o nulo, sino que incluso saberlo, como ha señalado López Fanjul, no nos serviría de nada, porque el conocimiento de ese valor, por alto que fuera, no exonera de la obligación de mejorar los factores ambientales. Y es que, en definitiva, el hombre no es producto de unas fuerzas biológicas incontrolables ni es simplemente el resultado mecánico de una dotación genética. La principal característica biológica del ser humano es sin duda su plasticidad; no en vano al hombre le es natural poseer una cultura, y ser, en buena medida, configurado por ella.

Bibliografía

1. Eysenk HJ y Kamin L. *La confrontación sobre la inteligencia. ¿Herencia-ambiente?* Pirámide. Madrid 1983.
2. Taylor HF. *El juego del cociente intelectual. Una investigación metodológica sobre la controversia herencia-ambiente.* Alianza Universal, Madrid 1983.

(Publicado en la revista "Nuestro Tiempo", n.º 357, marzo 1984.)